

EL EVANGELIO QUE DIVIDE

Dudley Hall

“El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios.” Juan 8:47

Los líderes de la iglesia local estaban poniéndose inquietos de que la gente no viniera a su iglesia ya que tradicionalmente se habían enfocado en la enseñanza básica de la escritura enfatizando las afirmaciones de Jesús de que Él era el único camino de salvación. Ahora, ellos se dieron cuenta que esto no es lo que la gente quiere escuchar. La tolerancia había sido re-definida para significar que se le debe dar igual crédito a todos los dioses y sus respectivas afirmaciones. Su razonamiento era que para ser buenos mayordomos del evangelio estaban obligados a convertirlo en algo “fácil de utilizar.” “Las iglesias que están creciendo no están proclamando nada controversial en los servicios Dominicales. El punto focal se halla en principios muy generales de mejoramiento y en conceptos que no ofendan a los visitantes,” aconsejaba el encargado de la junta.

Los líderes eclesiásticos están enfrentando algunas decisiones difíciles con respecto a la relevancia y la lealtad. Quieren honestamente ser leales a las Escrituras, pero están tratando con consumidores que quieren lo que quieren y que no van a apoyar a la iglesia que no se los ofrezca (por lo menos en eso consiste el temor). Me temo que hemos caído en la sutil tentación de medir el éxito de nuestra obediencia por la cantidad de personas que asisten, independientemente de lo que creen o incluso buscan.

La visión que Jesús tenía del evangelio era tan diferente. Él sabía que solamente aquellos que fueran sensibles a la revelación de Dios que ya tenían serían capaces de reconocerle. Mientras proclamaba las buenas noticias de que las promesas de Dios estaban siendo cumplidas en Él, era un mensaje que separaba a aquellos que deseaban un dios según sus propios diseños de aquellos que estaban buscando honestamente al Dios a quien ya estaban honrando, aún si lo hacían de manera un poco ciega. Los realmente necesitados estaban generalmente más dispuestos a conocer a este Dios cuya reputación estaba llena de misericordia, pero no todos los necesitados estuvieron listos para reconocer la verdad en persona. No fue la condición física lo que hizo receptivas a las personas. Fue la sumisión de sus corazones a un Dios a quien de manera vaga encontraban en la creación, pero a quien querían conocer desesperadamente. Jesús no trató de facilitarles a los rebeldes la asistencia a sus reuniones. Él estaba dispuesto a ser la plomada de la verdad última que dejaba al descubierto los corazones de aquellos que afirmaban ser los seguidores del Dios de Israel.

Quizás nuestro punto focal debería ser el de mejorar la proclamación de Jesús como la única respuesta al dilema del hombre y el único cumplimiento de las promesas de Dios. El evangelio, cuando es proclamado con precisión, atraerá al humilde y ofenderá al soberbio. Solo los que tengan oídos pueden oír. No estamos en la batalla por hacer que oigan. Hemos de proclamar un evangelio que deje al descubierto a los que oyen lo mismo que a los sordos espirituales. Aquellos que respondan han de ser discipulados. Se ha de orar por aquellos que no respondan. Quizás otro día puedan oír, pero cambiar el mensaje para emparejarlo con su presente sordera es un gran error. En lugar de ser más relevantes siendo menos

específicos, debiésemos ser más excelentes en ser específicos con respecto a quién es Jesús exactamente y lo que Él ha hecho. Aquellos que respondan a ese mensaje pueden ser equipados para expresar el reino de Dios sobre la tierra.